

Felizmente la Sajonia tenia la dicha de ser gobernada por un elector, príncipe verdaderamente religioso, cuya conducta era muy distinta, pues protegía á los católicos sin despertar rivalidades en los protestantes, y labraba la felicidad de sus vasallos por la dulzura de su administracion. El elector de Hannover, el margrave de Baden y otros muchos príncipes cuidaban tambien de que la Religion fuese en las escuelas la base de la educacion.

Mas donde principalmente era de ver cómo, hasta en medio de las crisis revolucionarias, se conocia el valor de la Religion, es en la república helvética, particularmente en los cantones católicos cuyas costumbres eran mas puras, y cuya incorruptibilidad y firmeza nunca serán bastantemente celebradas. La Suiza, libre del yugo que el Directorio le habia impuesto, anuló las leyes subversivas que se le habian prescrito, llamó á los religiosos, recibió honoríficamente á un nuncio apostólico, favoreció las instituciones y establecimientos eclesiásticos, y proscribió cuanto podia ser atentatorio contra la Religion y contra la moral. Restauración tanto mas consoladora, cuanto que era de temer que aquel país, donde residia la metrópoli del calvinismo, resbalase rápidamente por la pendiente de la incredulidad en que por lo general se precipitaban los protestantes.

Efectivamente, las atrevidas indagaciones de Semler, Steinbart, Eberhard, Ernesti, Doederlein y otros célebres protestantes habian destruido las bases de la Religion entre nuestros hermanos disidentes. Los que no se jactaban de incredulidad, se mostraban por lo menos indiferentes en cuanto á la creencia. Gracias al triunfo del *neologismo* ó *nueva exégesis*, los estudios, desviados de su objeto, solo servian para formar hombres ingeniosos en demoler el edificio de las antiguas tradiciones. La literatura biblica no era mas que el arte de despojar de un modo mas ó menos especioso á la Escritura de todos los caracteres

que la hacen venerable; la mayor parte del los ministros protestantes la privaban de su carácter de divinidad y de sus milagros; quitaban á la Religion sus misterios, á la fé sus fundamentos y á la moral su sancion. Para ellos todo era arbitrario y problemático en la Teología; en la divina economía del cristianismo no veian mas que una mitología, y en su historia alegorías que cada cual era dueño de explicar á su antojo. Asi es, que cada cual se forjaba su sistema de religion bajo la influencia de un espíritu de indagaciones y de discusion que siempre propendia á oscurecer algun dogma ó á enervar alguna verdad. Preparadas de este modo las universidades protestantes, no habian podido menos de acoger favorablemente las especulaciones de Kant, filósofo de cuyos sueños se apasionó la juventud tanto mas, cuanto menos los entendia, y que habia formado en Koenisberg una escuela cuya influencia fué perniciosa á la Alemania. Y como la *Religiosidad*, la *Razon pura*, la *Filosofía crítica* de este visionario ininteligible, que se representaban en los teatros al mismo tiempo que se ensalzaban sus doctrinas, eran al fin golpes descargados contra la revelacion, esto es lo que hizo su fortuna. Y aunque la metafísica de Kant, propagada en gran número de libros, fuese un motivo de cuestiones entre las dos ramas de sus prosélitos, ambas se pusieron siempre de acuerdo en repudiar la enseñanza de los antiguos reformadores y en desecher los principios generales del cristianismo.

Tal estado de cosas debia alarmar á los soberanos, aun cuando estuviesen separados del gremio de la Iglesia romana. En Prusia, donde los ejemplos y los principios de Federico II habian dejado profundas huellas de corrupcion, Guillermo II ordenaba que la Religion fuese la base de la educacion que se daba á los hijos de los soldados; y en una carta escrita el 12 de enero de 1798 por este príncipe al ministro de negocios eclesiásticos, se encuentran,

mezcladas con máximas de que los incrédulos podrian abusar, estas notables palabras: «Yo mismo respeto la Religion; me complazco en seguir sus consoladores principios, y jamás quisiera reinar en un pueblo de incrédulos.» En Dinamarca, los escritores que tenian la audacia de insultar á la religion del Estado, sufrían la pena de destierro perpétuo. En Suecia, un jóven monarca se ocupó seriamente, durante la Dieta, en cuanto tenia relacion con el culto y con sus ministros, manifestó deseos de que las halajas de las iglesias quedasen intactas, por respeto, segun él decia, á haber sido empleadas en el servicio divino, y por temor de que se debilitase la religion de los pueblos con semejante espoliacion. Tambien escribió al consistorio de Stocolmo, invitándole á que vigilase escrupulosamente sobre la doctrina de los ministros y no permitiese que se separaran del espíritu del Evangelio, ni se dejasen llevar del pérfido amor de las innovaciones que amenazaban á la Europa con una conflagracion general. Con esta conducta contrabalanceaba la de su tio el duque de Suedermania, iluminado y filósofo. En Rusia, Catalina II, por tanto tiempo favorable á los filósofos, en cuyo número deseaba contarse ella misma, concluyó por adoptar una marcha retrógrada; asustada por los progresos de la revolucion francesa, proscribió severamente de su imperio los principios democráticos. Su hijo Pablo I tampoco debió ser muy aceptable á la filosofía, atendida la solicitud con que concurrió al restablecimiento del Soberano Pontífice y el deseo que manifestó de verificar la union de ambas iglesias. Por último, la herética Inglaterra, realizando aquella tolerancia que en realidad no era mas que una ilusion, acogiendo á los sacerdotes franceses, permitiendo que en el mismo Londres se abrieran capillas ortodoxas y que en muchas partes se estableciesen comunidades religiosas de ambos sexos, y abdicando las animosidades naciona-

les, presentaba un contraste admirable con los países católicos en que la Religion sufría el yugo de sus perseguidores. En Bath (Inglaterra) Carlos Walmesley, obispo de Rama y vicario apostólico; en Edimburgo (Escocia) Jorge Hay, obispo de Daulia y vicario apostólico del Sud; y en Dublia (Irlanda) Juan Tomás Troy, arzobispo de esta Sede, contribuían por su piedad, sabiduría y escritos á disipar las prevenciones de los disidentes y á confirmar á los fieles en la fé.

Los Países-Bajos y Holanda se hallaban bajo la dominacion ó la influencia de la Francia. En los Países-Bajos, de donde la persecucion del Directorio habia espulsado á tantos eclesiásticos que no habian querido prestar el juramento de odio á la monarquía, volvian á presentarse algunos de estos valerosos sacerdotes. El cardenal de Frankemberg, que se habia retirado á Emmeric al otro lado del Rhin, se comunicaba ya mas libremente con su diócesis. Los pueblos, que antes se habian visto violentados en sus inclinaciones, se apresuraban á restablecer el ejercicio de la Religion y manifestaban mas celo que nunca por las prácticas exteriores. Pero la Holanda nada tenia de comun con la noble y católica Bélgica. Este país, colocado entre la herética Inglaterra y la Alemania protestante; este país, tierra clásica de los socinianos y guarida de los apelantes franceses, ofrecia muy pocos consuelos á los amigos de la Religion. La sociedad Teyleriana, fundada en Haarlem en 1778, no era acaso mas que un medio de propagar el socinianismo; y una rama de esta sociedad, que se ocupaba en la teología natural, habia publicado ya muchos tomos en cuarto sobre el objeto de sus indagaciones, en tanto que una sociedad teológica, establecida en La Haya, combatia con buenos escritos el sistema y las tendencias de la de Haarlem. El pequeño rebaño de los arzobispos de Utrecht disminuía cada vez mas; pero no por eso dejaban estos de

perpetuarse obstinadamente en las Sedes que habían usurpado. Van Niewen-Huysen, que murió en 14 de abril de 1797 fué reemplazado el 10 de mayo por Juan Jacobo Van-Rhyn, electo por los individuos del supuesto cabildo de Utrecht, y fué consagrado el 5 de julio: elección nula, consagración ilícita y sacrilega, según la declaró Pio VI en un breve de 26 de agosto de 1797 excomulgando al consagrador, al electo, y á cuantos habían tenido parte en este acto. Habiendo muerto Broekman el 28 de noviembre de 1800, y queriendo sus partidarios darle un sucesor, aunque el establecimiento de tres obispos para un puñado de prosélitos fuese menos necesario que nunca, Van-Rhyn, no obstante la sentencia de excomunión que sobre él pesaba, eligió el 29 de julio de 1801 para la sede de Haarlem á Juan Niewen-Huys, párroco en Amsterdam y le consagró en seguida. El cabildo de Haarlem no tuvo parte ninguna en esta elección. Por lo demás se hallaban ya disueltas las escuelas fundadas en otro tiempo por los *apelantes* franceses, y el periódico que el último de estos redactaba, iba á terminar juntamente con su autor. En medio de la diversidad de cismas y de sectas, habían sin embargo los católicos conseguido algunas ventajas en Holanda. El prelado Brancadoro, arzobispo de Nisive é internuncio en Bruselas, había ido en 1792 á visitar esta misión y había dado el sacramento de la Confirmación en La Haya, Utrecht y Amsterdam. En esta última ciudad particularmente recibió una honrosa acogida, y visitó la mayor parte de las iglesias. Esta primera aparición de un enviado de la Santa Sede en esta provincia causó nuevo descrédito al partido de los *apelantes* y atrajo á la unidad muchos ánimos que andaban vacilantes.

En Francia, donde no pocas personas, cansadas de vagar de error en error y de buscar un elemento que pudiera suplir á la Religión cristiana, eran llamadas otra vez, como á pesa-

suyo, hácia esta creencia luminosa y razonable que ofrece al mismo tiempo un apoyo á la autoridad y una sanción á la moral; en Francia, donde tantos crímenes y castigos parecían aconsejaban á los pueblos que cuanto antes se postraran á los pies de Jesucristo, en Francia no se caminaba todavía sino sobre ruinas. Las proscripciones del Directorio no se reparaban sino con mucha lentitud, y los sacerdotes, amontonados en la isla de Rhé ó desterrados de Francia, no salían de sus calabozos ó del destierro sino uno á uno. En muchas partes se celebraba aun el oficio divino misteriosamente en los graneros y en los sótanos, sea por estar ocupados los templos por los constitucionales, sea porque sirviesen para las ceremonias *decardarias*, ó sea porque antes de rehabilitarlos se deseara ante todo conocer las disposiciones ulteriores del nuevo gobierno. ¿No era ya tiempo de que este tomase medidas eficaces? Los niños iban creciendo sin la menor idea de moral, y los hombres encargados de la instrucción pública en nada eran favorables á la Religión. Lejos de presentarla como ennobleciendo con su alianza á las ciencias y á las artes, decían á sus discípulos que la Religión nada más era que una traba del progreso y de las luces y triste patrimonio de las almas crédulas y sencillas (1). No era mejor la educación religiosa que se daba á las niñas, pues aun en los colegios más acreditados se pensaba menos en formar su corazón que en cultivar sus talentos. Preferíanse las bellas artes á los conocimientos sólidos, y en lo que menos se ocupaban era en inculcar á la juventud esos principios sin los cuales, en sentir de Fenelon, no puede haber enseñanza moral. Ya no había generosas maestras que educasen á las hijas de la clase menesterosa, inspirándolas amor al

(1) Memor. hist. sobre los asuntos relig. de Francia durante los primeros años del siglo XIX, t. 1, p. 5-7.

trabajo y á las buenas costumbres. No había tampoco para el servicio de los hospitales aquellas vírgenes cristianas que bajo los auspicios de la Religión se dedicaban en otro tiempo con tanto celo como abnegación al servicio de los enfermos y de los pobres. Juntamente con todas las corporaciones eclesiásticas, seculares y regulares, habían también desaparecido los establecimientos centrales de las misiones extranjeras; mas los que en otro tiempo las habían dirigido, se hallaban siempre dispuestos á servir nuevamente á la Religión y á la patria. Sus establecimientos del exterior nada más deseaban que anudar sus relaciones con la Francia; y mientras que el reino, que en otros tiempos había merecido el dictado de cristianísimo, se desentendía de sus instancias, España, mas sublimemente inspirada, trataba de aprovechar las circunstancias, haciendo ofrecimientos á los misioneros de Tunes y de Argel. Los mismos ingleses, que antes de la revolución ignoraban el valor de esta clase de establecimientos, intentaban apropiárselos. Habían hecho ya esfuerzos para que Raux, superior de las misiones de Pekin, reconociese por metrópoli á la Inglaterra, y Pitt había ofrecido á dos jóvenes seminaristas, que pasaban á la China, además de los gastos del viaje una suma anual de cincuenta mil libras, si podían conseguir que sus co-hermanos se declararan misión inglesa. Hallábase, pues, la Francia, tanto en el interior como en el exterior desheredada de todos los elementos de su gloria y prosperidad, cuando el gobierno consular se estableció sobre las ruinas del Directorio.

Este gobierno necesitaba paz para calmar las turbulencias del interior y afianzar su autoridad; mas para esto era preciso hacer brillar con un nuevo esplendor á las armas francesas, oscurecidas por los últimos reveses. En efecto, una confederación de todas las grandes potencias del Continente había detenido los

progresos de la ambición del Directorio. La Providencia, socorriendo á la Iglesia, viuda del Soberano Pontífice, había hecho servir los acontecimientos políticos para el triunfo de la Religión y las revoluciones de los imperios al cumplimiento de sus insondables designios. La Italia acababa de sufrir inmensas variaciones. El emperador de Alemania, auxiliado por un ejército ruso, se había vuelto á apoderar del Milanesado, del Estado de Venecia y de toda la Italia superior. Las repúblicas allí creadas habían desaparecido casi al nacer. La universidad de Pavía, foco de nuevas opiniones tanto en política como en religión, había sido destruida. Roma, atacada por los ingleses y por los napolitanos, que obligaron á capitular á las tropas francesas, se había librado del yugo. Esta capitulación por lo menos fué respetada, pues los franceses se llevaron á los patriotas del país, y Roma, al abrir sus puertas á los aliados el 30 de setiembre de 1799, no se vió manchada con las crueles escenas que ensangrentaron á Nápoles y á Capúa. Al mismo tiempo los turcos se apoderaron de Ancona. ¿Puede menos de reconocerse, pregunta el sabio autor de las *Memorias para la historia eclesiástica del siglo XVIII* (1), que en las miras de la Providencia la reunión de tantas potencias estaba destinada á libertar á la Iglesia y facilitar la elección de un Soberano Pontífice? En otro tiempo ella llamó á los bárbaros del Norte para castigar á la Roma pagana; y hoy, para librar á la Roma cristiana, reúne veinte naciones que se admiran de verse juntas. Ella las hace llegar á Italia cuando el sucesor de San Pedro sucumbía al peso de las enfermedades y de las desgracias, e inspira á los príncipes pensamientos de moderación y equidad. El emperador de Alemania prote-

(1) Tomo III, p. 356-357.

gió la elección del Soberano Pontífice, de la que se hubiera desesperado algunos meses antes. El emperador juzgó que Venecia, que era ya posesion de su corona, era por su distancia del teatro de la guerra un punto mas á propósito para la celebracion del cónclave que Roma, que acababa de ser conquistada. Con efecto, despues de muchos pasos y de muchas contrariedades y obstáculos de todo género, se reunieron los cardenales en Venecia el 1.º de diciembre de 1799 en número de treinta y cinco.

Entre estos príncipes de la Iglesia se hallaba Gregorio Bernabé Chiaramonti, hijo de los condes Escipion Chiaramonti y Juana Ghini, que nació en Cesena, legacion de Forli, el 14 de agosto de 1742, y que habiéndose dedicado desde sus juveniles años á las austeridades del claustro, hizo sus primeros estudios en Parma y tomó el hábito de San Benito el 20 de agosto de 1758 (1).

En 1775, al advenimiento de Pio VI, el monge Chiaramonti, pariente del Pontífice, se hallaba en Roma y desempeñaba las funciones de lector, es decir, de profesor de teología en el convento de San Calixto. Habiendo el Papa manifestado deseos de proteger la Academia de nobles eclesiásticos fundada cerca de la iglesia de la Minerva, el P. Chiaramonti hizo que admitieran en ella á su hermano el conde Gregorio, que de allí á poco manifestó no tener vocacion para la carrera de la prelatura y se marchó pronto de Roma. Esta circunstancia fué acaso la que abrió el camino de los honores de la Iglesia al P. Chiaramonti, pues Pio VI se los habria concedido mas gustosamente al conde Gregorio.

Algunos malos tratamientos que el P. Chiaramonti sufrió en su convento, asigieron al

(1) Mr. Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, t. 1, p. 4-8.

Pontífice, y este le confirió por medio de un breve la cualidad de abad.

Un abad nombrado de este modo no tiene á su cargo el gobierno del convento, como el que ha sido elegido por los religiosos; pero concede al agraciado con el breve algunas preeminencias y privilegios, le autoriza para usar anillo y mitra y le dá un puesto preferente en el coro; mas en todo queda sujeto á abad titular.

Los enemigos de Chiaramonti se exasperaron mas con tales honores. El Papa á su regreso de Austria, por cuyo viaje, segun una antigua prediccion, fué llamado el peregrino apostólico (1), quiso como pariente verle y oír sus descargos en un proceso que ocasionaba turbaciones. Acusábanle de haber en otro tiempo manifestado opiniones algo libres acerca de los castigos que los superiores aplicaban á los profesos: el Padre contestaba diciendo, que hacian mal en someter á estos á un sistema de exigencias inusitadas; pedia que se dulcificara esta severidad, y por último, manifestaba que se trataba de emponzoñar las buenas intenciones por medio de acusaciones enteramente calumniosas y suponiéndole tambien cálculos de un espíritu dominador.

La esperiencia demostró que nunca habia existido semejante predisposicion en el carácter de Chiaramonti.

El monge acusado agradó á Pio VI por la franqueza, ó mas bien naturalidad de sus respuestas, por la manifestacion llena de amabilidad de su conducta, y mas que todo, por la reserva y tono de dulzura con que contestaba á sus enemigos.

Pio VI aseguró que en el P. Chiaramonti habia reconocido un literato profundo, un sábio exacto, un canonista instruido y razo-

(1) *Historia del Papado*, segunda edicion, t. 2, pág. 297.

nable, y un monge estudioso y amigo de sus deberes.

De allí á unos meses, los mismos PP. de la orden, enemigos de Chiaramonti, entre los cuales figuraba uno que habia jurado no dejarle nunca en paz, hicieron repetidas instancias para que se le desterrara de la capital: estas últimas tentativas disgustaron al gobierno pontificio. Chiaramonti vivia tranquilamente en Roma, habitando siempre, aun durante el invierno, en San Pablo, extra-muros, convento de su orden, ocupándose por su gusto en cuidar de la biblioteca.

Pio VI contestó con mucha dignidad, que en efecto, el monge que se empeñaban en perseguir saldria de Roma; pero que seria para pasar á un destino que la congregacion de obispos y regulares conoceria posteriormente. En efecto, el P. Chiaramonti fué nombrado obispo de Tivoli.

Semejante favor, que casi anunciaba la dignidad de la púrpura, impuso silencio á los detractores del sábio religioso, y ya para entonces algunos de ellos, aun de los mas injustos, habian confesado su error. Procuraron, pues, irse naturalmente aproximando á su enemigo: esplicáronse la falsas acusaciones, y las calumnias quedaron reconocidas, hasta el punto de no poder concebir, los que las habian sostenido, cómo habian podido incurrir en semejante error. El nuevo obispo no profirió durante estas disputas mas que palabras de paz, de concordia y de caridad; habiendo propuesto los profesos escribir al que habia sido perseguido por su causa, no lo consintió, y las desavenencias que turbaban aquella orden tan laboriosa y generalmente tan ejemplar por las virtudes que se admiran en todos sus conventos, cesaron con gran satisfaccion del Soberano Pontífice.

El cardenal Bondi, tio de Pio VI y obispo de Imola, acababa de morir; el Papa veia que la conducta que habia observado con el P.

Chiaramonti, habia sido aplaudida por la opinion pública y particularmente por el Sacro Colegio: sabia que aquel arreglaba su diócesis con rara inteligencia, manifestando un especial interés en completar las colecciones de buenos libros: que habia ayudado con su bolsillo y luego promovido á los puestos mas distinguidos á los hombres mas instruidos y versados en los estudios mas difíciles para la educacion de la juventud. En vista de esto, resolvió el Papa dar al obispo de Tivoli el obispado de Imola, y luego le confirió el capelo en 14 de febrero de 1785.

No fué esta accion considerada como un favor de nepotismo, sino mas bien como una recompensa debida á un prelado sin ambicion y distinguido por el aprecio universal.

Partió, pues, el cardenal Chiaramonti para su nuevo destino, y en mas de diez años nadie habló de él sino en los términos mas honrosos. Decíase que era un hombre moderado, caritativo, humilde, reflexivo, y al mismo tiempo valeroso prelado al tratarse de las prerogativas de su iglesia.

Uno de los actos de la administracion del cardenal-obispo de Imola que mas ruido ha causado es la Homilia publicada en 1798 con motivo de las fiestas de Navidad. El terror que se habia apoderado de todo el Estado pontificio se habia propagado tambien á las legaciones, aun despues de haberse consumado en parte las revoluciones que lo habian causado. Pero si muchos de los habitantes pacíficos estaban escesivamente aterrados, el fiel pueblo de las campiñas del obispado de Imola queria insurreccionarse. «La autoridad eclesiástica, dice el caballero Artaud (1), pensó que era preciso contener la insurreccion, y que hallándose la misma Roma y el Gefe de la Iglesia á punto de ser atacados por un enemigo

(1) *Hist. del Papa Pio VII*, t. 1, p. 61-63.

que no tenía ya rivales en Italia, era conveniente no alentar una insurrección que, sin ayudar al desventurado Pontífice, no traería más que males, saqueos y desolaciones, inseparables compañeros de la guerra.... Una amonestación religiosa que en primer lugar contuviese pruebas de su amor ardiente y sin reserva al catolicismo, y en seguida principios de obediencia la más puntual, de absoluta sumisión, si se quiere, al poder de la república cisalpina, reconocida hacia ya dos meses por el tratado de Campo-Formio, concluido entre el emperador de Alemania y la república francesa; una amonestación, volvemos á decir, ó advertencia semejante, pareció en aquellas circunstancias un pensamiento saludable. El piadoso Chiaramonti se encargó de la primera parte de esta tarea: sus allegados dominados por el temor se presentaron á desempeñar la segunda... En esta pieza la parte que concierne al dogma es á la vez afectuosa, consoladora é intrépida...; mas la parte política es notable por su mala redacción y hasta por la imprudencia é impropiedad de sus expresiones. El caballero Artaud, para quien es indudable que el cardenal Chiaramonti compuso gran parte de los pasajes de esta Homilía, hace notar que nadie habló de ella hasta el cónclave de 1800. En efecto, añade, ella venía á ser un documento de mayor importancia desde el advenimiento de su autor al trono pontificio, ¿y acaso no podría ser también causa de aquel silencio el no haber sido publicada por Chiaramonti la Homilía que tanto le criticaron? En Francia no fué conocida mas que por el constitucional Gregoire, de quien puede sospecharse que supuso un documento de tal naturaleza para desprestigiar al nuevo Pontífice á los ojos de los fieles y hacer creer que participaba de los principios democráticos del clero revolucionario. En vano se objetará que la Homilía no existe

solo en francés sino también en italiano; ¿por ventura las *Cartas* atribuidas por Caraccioli á Clemente XIV no fueron igualmente vertidas al italiano? Cuando al lado de la traducción francesa hay necesidad de producir el original italiano que la autoriza, el espíritu de partido que no retrocedió ante una primera falsificación, no vacila en cometer una segunda.

Hemos llegado ya á la época de la elección del sucesor de Pio VI. Algunos días antes de abrirse el cónclave, se celebraron solemnes exequias en la iglesia patriarcal de Venecia por el último Papa, cuya oración fúnebre fué pronunciada por el prelado Brancadoro, arzobispo de Nisive. En seguida se procedió á la elección de Papa.

Cuando en un cónclave, dice el caballero Artaud (1), se encuentra un cardenal sobrino del Papa difunto, adquiere siempre gran influencia sobre la elección á que se va á proceder. Los cardenales electos, ó solamente tratados con benevolencia por el último Pontífice, animados por lo general de sentimientos de gratitud, consultan las intenciones del sobrino. Pio VI habia reinado cerca de veinte y cinco años y renovado casi enteramente el colegio de cardenales. Entre los antiguos habia muchos que le debian inmensos favores. El cardenal Braschi no estaba dotado del talento necesario para mostrarse habil jefe de partido: sin embargo, un gran número de cardenales seguian su impulso, y tuvo la dicha de ver aun entre sus partidarios á los dos únicos príncipes de la Iglesia que habian quedado de los creados por Benedicto XIV que eran el cardenal Albani y el cardenal de York.

Por otra parte el cardenal Antonelli, aunque primera creatura de Pio VI, y elevado á la púrpura en 24 de abril de 1775, distinguido además por sus talentos y moderación como

(1) *Hist. del Papa Pio VII*, t. I, p. 80-81.

prefecto de la Propaganda, se declaró jefe de un partido contrario á Braschi (1).

El partido de este último tenía veinte y dos votos (para la elección es preciso reunir las dos terceras partes; es decir, que á la sazón se necesitaban veinte y cuatro votos). El de Antonelli no contaba mas que trece, y con este número que es suficiente para formar lo que se llama una *esclusiva*, impedía á Braschi, á quien faltaban dos votos, terminar la elección. El cardenal Ghiamonti votaba con Braschi.

Por espacio de unos dos meses el cardenal Bellisomi, natural de Pavia, creado en 14 de febrero de 1785, y obispo de Cesena, tuvo los veinte y dos votos del partido Braschi; y el cardenal Mattei, romano, arzobispo de Ferrara, el mismo que firmó el tratado de Tolentino, y que al ver por primera vez á Bonaparte habia experimentado un temor tan natural, y dado al mismo tiempo una contestación tan religiosa, obtenia diariamente los trece votos del partido Antonelli.

Los partidos se mantenian al parecer constantes é inflexibles (2). Pensóse en el cardenal Valenti, creado en 15 de abril de 1776 por Pio VI; pero fué en vano. El partido Braschi cambió de sistema, y se dieron algunos votos al cardenal Gerdil, antiguo preceptor del rey de Cerdeña, Carlos Manuel IV. Se propuso inútilmente á Antonelli, Albani. Otra vez se volvió á tratar del cardenal Gerdil, cuyos grandes talentos, edad avanzada, y escritos, daban á creer que lo elevarian al trono. Hacíase circular su libro intitulado: *La inmortalidad del alma demostrada contra Locke*, en el que refutando las dudas de este filósofo, habia también combatido victoriosamente al filósofo inglés y á Voltaire. Los enemigos de la Francia contestaban que Gerdil era francés. Ciertamente es que habia nacido en Samoens, en

Saboya, país que entonces pertenecía á la Francia; pero nunca habia habitado en Saboya, pues desde niño pasó á Bolonia á estudiar teología, y después de haber residido en Turin desde 1777, apenas habia salido de Roma, donde desempeñaba las funciones de prefecto de la Propaganda. En medio de un escrutinio, un día que se iban á ver los votos, el cardenal Hertzán, ministro del emperador en lo interior del cónclave, dió su *esclusiva* formalmente al cardenal Gerdil, declarando que el emperador Francisco II no aceptaba á un súbdito del rey de Cerdeña.

Por una y otra parte se empezaba á murmurar de los jefes que no podian vencerse ni entenderse (4). Como de ordinario sucede en momentos de cansancio y de defección, uno de los jefes está siempre mas dispuesto que el otro á reorganizar su partido y reparar sus pérdidas. Un pequeño grupo de fieles, puestos en derredor de Braschi, hacian vigorosamente valer el mérito de permanecer adictos á una familia tan desgraciada, que habia perdido tanto en sus bienes y en sus honores, sin haber cometido ni espiritual ni políticamente falta alguna de que no pudiera disculpársele. El cardenal Antonelli, desertor de esta causa, inspiraba menos interés. De repente los dos votos necesarios á Bellisomi se separaron de Antonelli, con lo cual se completó el número de veinte y cuatro necesarios al primero. Efectivamente, los veinte y dos votos antiguos, que se habian ya separado, volvieron á unirse y á concentrarse, y Antonelli parecia vencido. Iba ya á procederse á la elección, en la que casi ya se habia convenido que el escrutinio seria unánime, cuando Hertzán, que pertenecía al partido de Antonelli, y que con bastante imprudencia habia gastado su voto para escluir á Ger-

(1) *Hist. del Papa Pio VII*, t. I, p. 82.

(2) *Ibid.* p. 83-84.

(1) *Historia del Papa Pio VII*, p. 85-87.